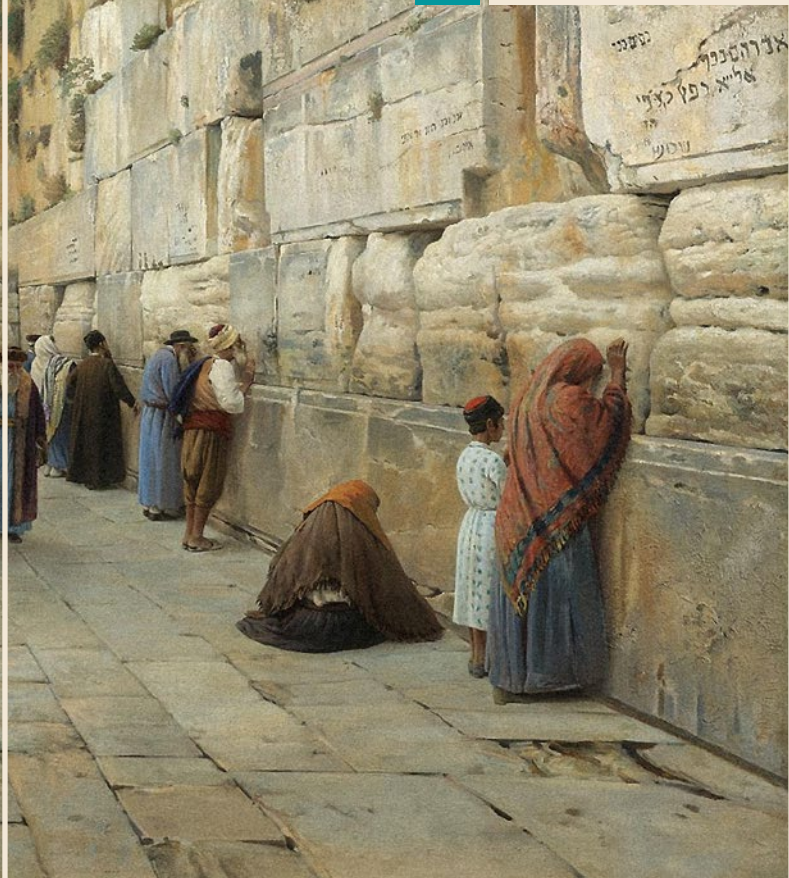


CUADERNOS  
DE HORIZONTE

# Viaje a Jerusalén

PIERRE LOTI

LDH



## ***Pierre Loti***

ROCHEFORT, 1850 – HENDAYA, 1923

\*

Louis Marie-Julien Viaud –su verdadero nombre– fue marino, coleccionista, aventurero y el más grande escritor francés de literatura de viajes. Aunque por origen familiar era protestante, Loti sintió una devoción especial por el mundo islámico. De personalidad curiosa y talante original e iconoclasta, atravesó el mundo como oficial de la Marina francesa, y visitó países y culturas de los cinco continentes, aún muy desconocidas para la mirada europea.

Dejó un impresionante legado literario de sus viajes formado por artículos, ensayos, relatos, novelas y diarios. Recibió muy temprano las más importantes distinciones literarias de su país al ser nombrado miembro de la Academia Goncourt y de la Academia Francesa. En 1895, tras visitar Oriente Medio, publicó este relato sobre Jerusalén.

*Viaje a  
Jerusalén*

**PIERRE  
LOTI**

Título de esta edición:

*Viaje a Jerusalén*

Título de la edición original:

*Jérusalem*, Calmann-Lévy, 1895

Primera edición en

LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:

enero de 2021

© de esta edición:

LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:

[www.lalineadelhorizonte.com](http://www.lalineadelhorizonte.com)

[info@lalineadelhorizonte.com](mailto:info@lalineadelhorizonte.com)

© de la traducción: Pilar Rubio Remiro

© de la maquetación y el diseño gráfico:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro

Depósito Legal: M-1065-2021

ISBN: 978-84-17594-65-7 | THEMA: WTL, 1FBH

Imprime: Estugraf | Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.



El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ecológica para contribuir a una gestión sostenible de los bosques y las reservas de agua.

CUADERNOS  
DE HORIZONTE  
SERIE  
¿QUÉ HAGO  
YO AQUÍ?

*Viaje a  
Jerusalén*

**PIERRE  
LOTI**

TRADUCCIÓN DE  
**PILAR RUBIO  
REMIRO**

LA LÍNEA DEL HORIZONTE  
*ediciones*



PIERRE LOTI

(ROCHEFORT, 1850 - HENDAYA, 1923)



«*O crux, ave spes unica!*»

*A mis amigos,  
a mis hermanos desconocidos, dedico este libro  
—que no es otra cosa que un mes de mi vida—  
escrito merced a un supremo esfuerzo de sinceridad.*

PIERRE LOTI





¡Jerusalén!... ¡Ah, qué esplendor mortecino el de este nombre! ¡Cómo centellea aún a lo largo del tiempo y el polvo, de modo tal, que casi siento profanarlo colocándolo aquí al comienzo del relato de mi peregrinación sin fe!

¡Jerusalén! Quienes me han precedido en mi paso por la tierra han escrito multitud de libros, profundos y magníficos, pero yo solo quiero tratar de referirme aquí al aspecto actual de su desolación y ruina; consignar cuál es en nuestra época efímera el grado de desaparición de su aura santa, que próximas generaciones no alcanzarán a ver ya.

Quizás hablaré también de la impresión de un alma, la mía, que es una de las más atormentadas del siglo que acaba. Pero existen otras semejantes a la mía y podrán acompañarme. Pertenece a unos a la oscura angustia del presente, y otros pocos al borde del negro abismo en que todo ha de caer y pudrirse. Vemos aún, a una distancia inapreciable, sobrevolar la inadmisibilidad de las religiones humanas, el perdón traído por Jesús, el consuelo, la promesa de vernos nuevamente en las moradas celestiales. ¡Ah, nunca ha habido nada más que eso! Todo lo demás es vacío y apariencia, no solo entre los exangües filósofos modernos, sino aún en los arcanos de la India milenaria, entre los maravillosos sabios iluminados en la vejez. Por esto, desde la hondura de nuestro abismo, continúa elevándose hacia quien una vez fue llamado el Redentor, una vaga adoración desoladora.

Realmente, mi libro solo puede ser leído y aceptado por aquellos que perecen por haber poseído y abandonado la única esperanza; o por quienes, nunca incrédulos, como yo, vengan aún al Santo Sepulcro, llenos de lágrimas los ojos y el corazón de plegarias a postrarse ante Él de rodillas...

*Lunes, 26 de marzo*

Lunes de Pascua. Llegados del desierto, nos despertamos en nuestras tiendas ancladas en medio de un cementerio de Gaza. No más salvajes beduinos a nuestro alrededor, ni camellos, ni dromedarios. Nuestros nuevos servidores maronitas se apresuran a ensillar y enjaezar nuestras flamantes acémilas —caballos y mulos—. Levantamos el campamento para dirigirnos hacia Jerusalén.

Precedidos por dos guardias de honor cedidos por el bajá de la ciudad, que apartan a la gente abriéndonos paso, caminamos por entre mercados y bazares. En seguida salimos a las afueras donde la animación matutina se apiña alrededor de las fuentes. Todos los aguadores andan allí llenando sus odres de piel de cabra y cargándolos en burros. Interminables escombros de murallas y puertas, montones de ruinas bajo las palmeras... Y, por fin, el silencio del campo; sembrados de cebada; bosques de olivos centenarios y el principio del arenoso camino a Jerusalén donde nos depositan nuestros guardias.

Dejamos este camino a nuestra izquierda para tomar, por entre los verdes campos de cebada, los estrechos senderos que conducen a Hebrón. Nuestra llegada a la ciudad santa se retrasará cuarenta y ocho horas por este desvío, pero los peregrinos suelen hacerlo así, para detenerse ante la tumba de Abraham.

Hoy hacemos de camino alrededor de diez leguas por entre los sembrados aterciopelados de cebada interrumpidos por manchas de asfódelos, donde pacen los rebaños. A lo lejos, campamentos árabes, negras tiendas entre el hermoso verdor de los herbazales, o bien pueblecillos fellahs<sup>1</sup>, con sus casuchas de tierra gris alrededor de alguna pequeña cúpula encalada que cubre un santo sepulcro protector.

Al correr la tarde, el sol, que había calentado fuerte, se vela poco a poco con ligeras brumas tristonas que le dan aspecto de un pálido disco blanco, y entonces nos damos cuenta exacta del camino recorrido ya hacia el norte.

18 Dejamos los llanos de cebada para entrar en un paraje montañoso y, de pronto, se abre ante nosotros el valle de Bayt Jibrin, donde esperamos pasar la noche. Verdadero valle de la Tierra Prometida donde «fluye leche y miel». Es verde, de un delicioso verde primaveral de pradera de mayo, entre colinas y vigorosos y soberbios olivares que lo cubren de otro verdor bellamente oscuro. Hacia allí caminamos por entre el espesor de la hierba, entre rojas anémonas, lirios violáceos y ciclámenes rosados. Todo está saturado del aroma de las flores y, en el centro, espejea un pequeño lago en el que, a estas horas, beben ovejas y cabras.

En una de las colinas se halla el antiguo pueblecito árabe en el que, por la noche, se reúnen innumerables rebaños y, mientras montamos nuestro campamento sobre la hierba alta y florida, pasa ante nosotros

---

1 Agricultores o granjeros en Oriente Medio y África del Norte. (Todas las notas que siguen son de la traductora).

un desfile sin fin de bueyes y carneros que suben a encerrarse allá, tras los muros de tierra, conducidos por pastores de largas túnicas y turbante, como si fueran santos o profetas. Algunos niños cargan tiernamente, entre sus brazos, a corderillos recién nacidos. Los últimos tratan de precipitarse por las estrechas callejuelas de barro seco; cientos de cabras negras, caminan en una masa compacta, como un largo reguero ininterrumpido, de color y brillo como de cuervo. ¡Es increíble lo que esta aldea de Bayt Jibrin puede albergar! Y al paso de todo este ganado, un saludable olor a establo se mezcla con el perfume de la tranquila campiña.

La vida pastoral de otro tiempo vuelve a hallarse aquí; la misma vida bíblica, con toda su sencillez y su grandiosidad.

*Miércoles, 4 de abril*

Al volver hoy al convento de los dominicos, donde el padre S. me ha citado para mostrarme el trazado de las antiguas murallas de Jerusalén y las más recientes pruebas de la autenticidad del Santo Sepulcro, paso por delante de la colina llamada Calvario de Gordon<sup>7</sup> cubierta de hierba rala y sembrada de sepulturas.

92 Hace treinta años que Gordon, soñando por estos parajes, había observado la extraña semejanza de calavera que ofrecen las rocas de la base de esta colina. Con demasiada ligereza, sin duda, Gordon dedujo que este debía ser el «monte de las calaveras», el verdadero Gólgota. Su opinión en estos últimos años, hasta el momento de las últimas excavaciones rusas, encontró eco entre las almas algo inquietas y suspicaces, encantadas de coger en falta a las tradiciones antiguas.

Verdaderamente es chocante el parecido de estas rocas. Hoy, sobre todo, el sol está bien colocado, la iluminación propicia y la calavera se dibuja contemplando con los agujeros de sus ojos los melancólicos alrededores.



---

<sup>7</sup> Llamada así en honor al general británico protestante Charles Gordon que estudió la zona en busca de la tumba de José de Arimatea. Hoy es conocida como la Tumba del Huerto, cuya ubicación ya es mencionada en el Evangelio de san Juan y muchos creyentes protestantes la consideran la verdadera tumba de Jesús de Nazaret.

Me encuentro ahora en el convento de los dominicos, en su tranquila sala de estudio. Contemplo un gran plano fijo en la pared en el que, sabiamente reflejada, se halla casi toda la Jerusalén de Herodes.

A priori, es difícil explicar que la emperatriz santa Elena, llegada a la Ciudad Santa no más de doscientos cincuenta años después de Jesucristo, sufriese un engaño tan burdo acerca de la ubicación del Gólgota. Verdad es que los cristianos de los primeros siglos, en su espiritualidad evangélica, no sentían el culto hacia estos lugares terrestres, pero da igual. ¿Cómo pudieron olvidar tan rápidamente dónde se había consumado el sacrificio del Señor, en una época tiempo no demasiado alejada de ellos que lo que lo están de nosotros los acontecimientos del siglo XVII, los del reinado de Luis XIV, por ejemplo? Queda, sin embargo, esta gravísima objeción: según los historiadores sagrados, el verdadero Calvario estaba más cerca de una de las puertas de Jerusalén, y fuera de sus muros; mientras que el de la emperatriz Elena parece ubicado casi en el corazón de la ciudad.

En el gran plano mural que examinamos, aparecen los tres viejos recintos, deducidos de las excavaciones realizadas en el terreno según el empeño en las búsquedas de antiguos autores. El primero solo encerraba la ciudad primitiva y el templo. El segundo se extendía hacia el noroeste; pero dejando fuera de él, en uno de sus ángulos entrantes, el Calvario y el Sepulcro. El tercero, el que subsiste en nuestros días, lo abarca todo, pero es posterior a la época de Cristo. Las últimas excavaciones rusas, según parece, acaban de confirmar estas conjeturas que conciernen a este ángulo entrante

del segundo recinto. Así, pues, cae la anterior objeción, no hay duda ya y podemos seguir admitiendo como auténtico este venerable lugar, desde el cual se eleva al cielo —desde hace tantos siglos— una inmensa e incesante oración.



Dejando a los dominicos me dirijo, según sus indicaciones, hacia el lugar de estas nuevas excavaciones. Entro en Jerusalén por la puerta de Jaffa, bajo por la calle de los Cristianos, paso por delante del Santo Sepulcro, con la cabeza descubierta como es costumbre, y llamo a la puerta de un convento ruso que se abre como excepción, a pesar de la hora tardía.

94           Detrás de la capilla, a cinco o seis metros bajo tierra, los preciosos descubrimientos, cuidadosamente aclarados, se resguardan bajo grandes bóvedas todas de color blanco liso.

Es, ante todo, una vía herodiana, empedrada de losas estriadas, como las de las cuevas de ayer, probablemente la continuación y final de la misma Vía Dolorosa que comienza allá, bajo el convento de las Hijas de Sion, para terminar aquí al lado de la basílica del Santo Sepulcro, al pie mismo del Calvario. Este es, pues, un fragmento indiscutible de las viejas murallas de Jerusalén; es el umbral, son los cimientos de una de las puertas de la ciudad, por la cual se enhebra y sale esta vía, para ascender, girando en dirección de la basílica a sumirse más allá, en los antiguos terraplenes de la base del Gólgota.



Todas estas formas, macizas y toscas, de un color rojizo como la tierra, dejadas tal cual son, bajo blancas bóvedas sin ornamento alguno, sin un tabernáculo, sin una lámpara, hacen el efecto de escombros muertos tendidos en los museos, excepto que permanecieron en su lugar y conservan sus raíces en lo profundo de la tierra. La muralla está formada por estos bloques de dimensiones ciclópeas características de las construcciones antiguas, y el umbral de esta puerta de la ciudad es una piedra gigantesca en la que aún se pueden ver los agujeros de sus enormes goznes y la muesca central para los pestillos del cierre.

Extraña y única es esta vía y, aunque inmediatamente se pierde en una impenetrable muralla, designa la subida y dirección del Calvario con una especie de gesto indicador, mutilado, roto, pero indeleble y decisivo. ¡Qué emocionante es contemplar este umbral que ha conservado el pulido del desgaste milenario y donde, sin duda, se posaron los pies de Cristo, abrumados por el peso de la Cruz!

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?» —dijo el ángel anunciando la resurrección (*San Lucas*, xxiv, 5)— y estas palabras se convirtieron en lema de los cristianos evangélicos, para quienes los Santos Lugares apenas cuentan. Pero yo he dejado de figurar entre ellos y, como nunca podré caminar entre las multitudes que desdeñan o se olvidan de Cristo, he vuelto a caer entre aquellos que lo buscan desesperadamente entre los muertos. Persigo aquí por todas partes su sombra, quizá inexistente, pero aún adorable y dulce. Sufro, sin entenderlo, el hechizo de su memoria, el único

de los recuerdos humanos que ha conservado el poder de hacer aún derramar las benéficas lágrimas. Y me abismo y me humillo, en un recogimiento profundo, frente a este antiguo umbral funerario, desenterrado ayer, en el que tal vez Jesús dio sus últimos pasos la mañana en que se fue, angustiado como el más insignificante de nosotros, hacia el gran misterio de su fin...



## CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS

Imagen de cubierta: *The Wailing Wall*, Jerusalem, 1887, GUSTAV BAUERNFEIND (detalle) ☛ Pág. 7: Retrato de Pierre Loti por EUGÈNE MICHEL J. ABOT, dominio público ☛ Pág. 10: *Patriarca armenio*, c. 1900, Library of Congress ☛ Pág. 11: *Mujer beduina*, c. 1898-1914, Library of Congress ☛ Pág. 12: *Jerusalén*, c. 1900, Library of Congress ☛ Pág. 13: *Torre de David*, c. 1900, Library of Congress ☛ Pág. 14: *Recogiendo olivas*, c. 1900-1920, Library of Congress ☛ Pág. 186: *Judíos en Jerusalén*, c. 1895, Wikimedia Commons (detalle) ☛ Pág. 187: *Mujer de Belén*, c. 1900-1920, Library of Congress ☛ Pág. 188: *Hombre judío*, Wikimedia Commons ☛ Pág. 189: *Judíos de Jerusalén*, Wikimedia Commons ☛ Pág. 190: *Hombre beduino*, c. 1898, Library of Congress ☛ Pág. 197: *Jerusalem*, DAVID ROBERTS, Museo de Cleveland.

¡JERUSALÉN! QUIENES ME HAN PRECEDIDO EN MI PASO POR LA TIERRA HAN ESCRITO MULTITUD DE LIBROS, PROFUNDOS Y MAGNÍFICOS, PERO YO SOLO QUIERO TRATAR DE REFERIRME AQUÍ AL ASPECTO ACTUAL DE SU DESOLACIÓN Y RUINA; CONSIGNAR CUÁL ES EN NUESTRA ÉPOCA EFÍMERA EL GRADO DE DESAPARICIÓN DE SU AURA SANTA, QUE PRÓXIMAS GENERACIONES NO ALCANZARÁN A VER YA.



PIERRE LOTI



## CUADERNOS DE HORIZONTE

Una ventana a la que asoman ideas y también miradas con las que reconsiderar los lugares que transitamos. Textos breves para pensar el viaje a través de la sociología y el pensamiento, la crónica o el relato breve, sin que falte una reflexión sobre la naturaleza y el paisaje.

CU#16 *Eva en los mundos*  
RICARDO MARTÍNEZ LLORCA

CU#17 *La ascensión al Mont Ventoux*  
FRANCESCO PETRARCA

CU#18 *El espíritu de Roma*  
VERNON LEE

CU#19 *Diario austral*  
ANTONIO RIVERO TARAVILLO

CU#20 *No le hagas preguntas a la tristeza.*  
*Antología de poemas de tribus de la India*  
JESÚS AGUADO

CU#21 *Contra Florencia*  
MARIO COLLEONI

CU#22 *Al pie de la Torre Eiffel*  
EMILIA PARDO BAZÁN

CU#23 *Lima, la sin lágrimas*  
CÉSAR ANTONIO MOLINA

CU#24 *Lorenz Saladin*  
ANNEMARIE SCHWARZENBACH

CU#25 *Viaje a Jerusalén*  
PIERRE LOTI

A finales del siglo XIX, Jerusalén era más un mito que una ciudad, un lugar en el imaginario religioso de varias culturas que ya atraía peregrinos de todo el mundo. Por sus calles vemos deambular una formidable batahola de creyentes con ritos, lenguas, vestimenta y plegarias de variado acento: coptos sirios, ortodoxos etíopes, rusos o griegos, católicos armenios o alemanes, judíos askenazíes o sefarditas, maronitas o drusos libaneses, y musulmanes llegados del Magreb o del Lejano Oriente. Para todos es una ciudad sagrada, una ciudad de profundo significado religioso.

Aún bajo autoridad otomana como parte del antiguo eyalato de la Gran Siria, la ciudad palestina crecía impareable tras sus murallas, aunque sus gentes todavía vestían «atavíos de edades pretéritas», como observa Pierre Loti. Un largo viaje por el desierto, atravesando Gaza, Hebrón, Belén, Jericó y Betania, lo prepara para una ciudad mítica que, ante su pasmo, ya estaba tomada por las hordas turísticas y los carruajes de la agencia Thomas Cook. Loti no disimula su enfado ante la bulla de los ociosos excursionistas que llenan hoteles y caravasares. Pasado y futuro se funden en un periodo finisecular aún ajeno a los desgarros que originará la creación del Estado de Israel.

*Jerusalén es demasiado idólatra  
para aquellos cuya infancia ha sido iluminada  
por el purismo de los Evangelios.*

PIERRE LOTI

THEMA: WTL, 1FBH

LA LÍNEA DEL HORIZONTE  
ediciones

WWW.LALINEADELHORIZONTE.COM

